

# *Memoria del «Territorio»*

## *Del homo faber al homo edipicus, de Raúl Jorge Aragonés*

Madrid: Biblioteca nueva 2004

Jerónimo Erviti

He aquí un libro extraordinario, escrito por una mente libre y audaz. Su autor no se detiene en los límites de su disciplina, el psicoanálisis, del que es conocido su amplio conocimiento, sino que tiene la osadía de salir fuera del tiesto y hacer todo un recorrido por los terrenos que en un hipotético reparto de territorios corresponderían a otras disciplinas como la antropología, la etología, la arqueología, la historia, la filosofía, la biología, la neurología, ... Ello contribuye a que el escrito suscite interés y controversia a los concernidos por dichos campos del conocimiento.

Por supuesto, es un documento que sólo podía ser ideado y vertido al papel por un psicoanalista, fundamentalmente, por la mirada interesada e intensa que a los psicoanalistas nos provocan las primeras etapas de la vida. Solemos sostener que los primeros meses de vida son decisivos en el devenir de cualquier criatura y nos entregamos con verdadero ahínco al conocimiento pormenorizado de las vivencias de esa etapa, a la hora de disponernos a escuchar a nuestros pacientes. Indagamos incluso los antecedentes familiares y la atmósfera emocional en la que se constituyó el sujeto, su devenir histórico, su proceso vital... Puede decirse que eso es lo que Jorge R. Aragonés hace en su libro, con la salvedad de que el sujeto de su curiosidad es aquí la infancia de la humanidad misma, su alumbramiento, quién y cómo la engendró, cuál fue su proceso de constitución hasta devenir sujeto, familia, grupo, sociedad, cuáles fueron los goznes en que se apoyó para sostener la civilización y evitar la siempre presente tendencia al retroceso...

El libro contiene tres grandes apartados: en el primero el Dr. Aragonés informa sobre el advenimiento del objeto y su función prometeica en la discriminación de la naturaleza y la conformación de la vida humana; en el segundo, de cómo esa transición del *homo faber* al *homo sapiens* va categorizando el manejo del territorio con nuevas leyes, de la relegación de la ley de la selección natural al rincón del atavismo para ser sustituida por una nueva normativa característica

del *homo sapiens-homo edipicus*, ya castrado, con roles discriminados en donde rigen las relaciones de parentesco. El tercero, finalmente, habla de cómo se entretajan las relaciones entre los humanos, del surgimiento paulatino de la palabra que nombra los objetos; de los afectos que invisten los objetos y las relaciones intersubjetivas; y del poder, del poder estar con el otro versus al poder de poseer al otro convirtiéndolo en un objeto para la satisfacción propia a la manera del ancestro macho alfa, no castrado. Finalmente, en un alarde de osadía, se atreve a rebautizar nuestro universo mundo con el nombre de *objetosfera*, justamente para remachar la idea, que impregna todo el libro, de que fue el objeto quien apadrinó su nacimiento y que sigue siendo él y su capacidad de crear e investir objetos el sostén de su condición humana.

Tal vez asidos de este cabo del hilo podríamos pergeñar un comentario más enjundioso de algunos hitos del libro:

### **El nacimiento del hombre**

A lo largo de la primera parte del libro uno puede imaginar al autor extasiado ante el espectáculo de un primate cortejando a la naturaleza en animado ronroneo, destacando sus beldades, alabando su ubérrima generosidad, entrando en una larga, sostenida e intensa caricia que culminaría en un abrazo tántrico de consecuencias fecundas. Tras varios siglos de preñez tendría lugar el alumbramiento de una lasquita que el *homo habilis* tomaría en sus manos poniendo a prueba su capacidad de seccionar tal vez la piel de alguna de sus presas de caza. Esa función asignada a la lasca queda representada en la mente del *homo habilis* como una experiencia distinta y nueva y la lasca incorporada como una extensión de su yo, como una prótesis, capaz ahora de investir ese objeto y hacerlo suyo. He aquí el objeto y con él un sujeto particular que ya no pertenece a la naturaleza, sino que se separa de ella para continuar una

singladura única por medio de la creación de otros objetos y de un yo cada vez más expandido y distanciado de sus orígenes. Los objetos son una prótesis que singularizan al primate convirtiéndolo en *homo faber* en la medida que los puede conservar en su imaginario aun cuando no los tenga en su mano. Es un paso adelante sin retorno, sólo él podrá crear objetos, los animales no. Y en ese proceso creará también sujeto; es una relación de autoengendramiento, de simbiogénesis.

En el capítulo de «El territorio» Jorge Aragonés nos habla de la «marcación territorial» como «la expresión de una fuerza instintiva dominante y posesiva que se ejerce sobre un territorio, sobre los alimentos y los apareamientos, realizada por el ejemplar de la especie más capacitado para imponerse frente a sus rivales». Es la ley de la selección natural, la ley primera, aquella que garantizaba la transmisión del plasma germinativo y la continuidad de la especie. El nuevo orden instaurado por el hombre con la creación del objeto rompe con esa ley, el hombre nuevo ya no es más objeto de esa ley, sino que la toma como objeto también a ella. Esto ocurre cuando incorpora al cachorro como hijo. Hubo de haber un pacto entre genitores en el que el macho alfa aceptara de la hembra paridera el ofrecimiento del respeto y sumisión del hijo y de sí misma a cambio del respeto a la vida y la crianza del neonato. Esto supone la inauguración de otra ley, la *estructura de parentesco* que en el futuro regirá entre los humanos. En ella cada miembro de la *familia* tiene un lugar definido y discriminado y una función en el grupo y en relación con cada otro y el afuera. Esta nueva organización incluye la prohibición del incesto, puesto que así la incipiente sociedad queda preservada de retrocesos a etapas previas en donde regía la horda y su ley de selección natural. El complejo de Edipo será un corolario necesario de esta elaboración previa e incluirá subrogados, mitificados, negados, inconcientizados los supuestos del complejo del territorio. En todo ello el referente es Freud, pero en este punto también es objeto de crítica en tanto que él daba por supuesto que en el banquete totémico los hijos matan al padre, cuando todavía no había advenido una función tal ni de padre ni de hijo, sino que todos pertenecían a una horda, lugar de indiscriminación y patrimonio del macho alfa prehumano, no castrado.

En el tercer capítulo se adentra un pasito más en la realidad psíquica del *homo edipicus* para exponer su concepción de los afectos. Los entiende como «transformaciones producidas durante

el prolongado proceso de hominización de los comportamientos y reacciones corporales instintivas de la especie».

Siempre ligados al proceso de creación, uso, separación o pérdida del objeto, los presenta como modulaciones mejor delineadas de las reacciones de descarga de los seres primitivos. Una vez dominadas esas reacciones primitivas, el objeto puede pasar a ser vivido como algo externo y en su proceso de creación recibir los aportes de la inteligencia creativa del sujeto.

Pone en duda la prominencia de la inteligencia como motor, ligando su emergencia a la constitución del objeto y el sujeto, del adentro y el afuera, del yo y el no-yo. En la conformación del sujeto la inteligencia no responde más al instinto animal, queda ligada a los afectos y es en ese vínculo que se desarrolla.

Si pierde esa ligazón vuelve a la selva, el otro es un objeto de uso y disfrute del sujeto que, disociado, recupera el animal no castrado.

Casi es un supuesto, pero queda enunciado que está hablando de que el territorio en los humanos es desplazado a la relación. Toda relación será una relación de poder, y en definitiva de poder hacer del otro un sujeto con otro sujeto, o un objeto para el disfrute. El primitivo dominio del territorio se extiende al dominio de la subjetividad para someterla o respetarla, puede ser benéfico o maléfico, puede favorecer la evolución o regresar al territorio de la horda.

El avance de la evolución trajo como correlato necesario la palabra. Había objetos y sujetos cada vez en mayor profusión, era preciso disponer de un instrumento que continuara ese proceso creativo y de diferenciación, también de marcación. Así del grito instintivo y poco claro del primitivo pudo pasarse a la modulación del mismo, señaladora, asignadora de significado y nombre, que continuaba procesando el paulatino adueñamiento de los objetos por parte de su genitor sin siquiera necesitar tenerlos presentes: surgió, pues, otro objeto, éste más específico y caracterizador del hombre: el verbo, la palabra. La palabra dio alas al hombre desocupándole las manos, socializó los objetos ahora al alcance de todos con sólo manejarlos simbólicamente y dio origen a una serie de sentimientos que la pugna por el objeto supone.

Para finalizar J. Aragonés nos brinda una nominación también novedosa y consecuente con su teorización precedente para nombrar al hábitat del *homobjectum*: la *objetosfera*. Su diseño surgió con el primer objeto. Este le brindó la posibilidad de desasirse de la naturaleza, distanciarse

del imperativo de sus leyes y vislumbrar un mundo que acabó convirtiéndose en el mundo de los objetos. «Hombres con objetos, colonos que se asientan con sus pertenencias y crean su propia realidad de objetos que se reproducen, se diversifican y se perfeccionan formando una red de hombres y objetos en expansión. Un conjunto, un macroorganismo multicelular, teratológico, mezcla de lo animado y lo inanimado, un micelio intercomunicado y globalizante [...]»

El libro se adquiere junto con un CD en el que se incluye una adenda sobre «El origen del incesto». En él ofrece una hipótesis verosímil sobre el origen del incesto y su correlato más común: la prohibición del incesto, como sostén y marca de la hominización. Y, apoyado en el trípode: objeto-hijo

(estructura de parentesco.), incesto (instinto devenido pulsión) y prohibición del incesto, caracteriza al *homo edipicus*. Lo considera un producto de la nueva estructura familiar, que contiene oculta la del territorio de la horda primitiva, pero que viene redefinida por una relación intersubjetiva que narcisiza al hijo disponiéndole para una nueva cultura.



**Jerónimo Erviti**  
(Grupo de los Miércoles)  
Vía Augusta, 124, 5º 3ª  
08006 Barcelona  
jerjeshm@copc.es